ENTREVISTA

Jorge Rodríguez Padrón

UN TESTIMONIO*

Mi libro debería hablar por sí solo a cada uno de sus lectores. Y si no, malo. Por tanto, a mí sólo me cabe, tal vez, dejar testimonio de lo que ha supuesto para mí este ensayo, derivado de tiempos como los que corren, de tanto desconcierto y confusión para la escritura literaria. Yo, al menos, me encuentro perdido: no acierto a saber qué actitud debo tomar a la hora de escribir, si –como parece, y todos me dicen– lo mío es la crítica literaria. Durante la redacción de este ensayo, se me hizo claro que de nada me valía seguir con las reseñas de actualidad; hacerlo suponía servir tan sólo al negocio de la edición, nada tenía que ver –o muy poco– con la creación literaria. También supe que mi aventura de años en la interpretación de la literatura insular, y de la que creí su prolongación

natural en Hispanoamérica, quedaba en muy poco al comprobar –desalentado– que cuanto habíamos dicho al respecto vino a ser instrumento de manipulación política, en el sentido más perverso de este término; cuando no, una bandera alzada en defensa de una producción literaria desaforada y de su consumo más salvaje: ahí estaban, después de tanto, aquellos en quienes habíamos confiado, cara al *boom* con la sonrisa nueva, bien abrazados al poder (hay testimonios gráficos de lo que digo).

Fue entonces cuando *El discurso del cinismo*: hablo de casi diez años atrás. Yo había hecho ya morada en la poesía, en su ser y en su sentido, porque tenía el convencimiento (que sigo teniendo) de que es el único lenguaje capaz de hacernos salir de este estado de postración al que parecen entregados –con toda tranquilidad– quienes deberían alzar su voz para decir algo, en vez de esconder la cabeza bajo el ala del esplendor mediático y el reconocimiento público. He dicho poesía, pero no me refiero al género literario así llamado (que los poetas andan ya, también, en el mismo jolgorio), sino a la carga de pensamiento que hace del lenguaje un espacio de libertad creadora y crítica: expresión viva del pensar, no teoría del pensamiento. Precisamente ésa, la manquedad de la cual ha adolecido siempre toda la poesía española, dada al ingenio conceptuoso mucho más que al verdadero, y necesario, pensar. Y ello se agudiza desde el principio contemporáneo, encrucijada de romanticismo y simbolismo, hasta hoy mismo como digo. Lo curioso ha sido que, por ese camino, haya dado yo en la necesidad de entrar en el territorio del ensayo político, pero entendido el término ahora como desea Hannah Arendt: política es lo que hacemos; la condición humana que nos distingue y singulariza ante la pluralidad de otros, iguales y distintos a su vez; una acción a través de la cual nos realizamos en tanto individuos (un asunto moral, por tanto). Una acción en donde lo fundamental debe ser la función expresiva; porque el lenguaje es la verdadera forma de manifestar esa condición nuestra en el espacio público que la determina, y se pervierte –digo, el lenguaje– cuando se reduce a una cuestión de dominio de unos sobre otros, cuando cae en manos del poder y éste lo secuestra para su uso y disfrute –digo del poder, no del lenguaje, claro.

Así es como no desean los políticos que sea la cosa pública. Porque queda al descubierto su trampa *conveniente* e interesada (pura administración y gestión, cuando es sincera, que lo es muy pocas veces) o su mentira (para qué andarnos con eufemismos), ayudadas –la una o la otra– con el poder mutliplicador y confundidor de los medios, espacio único en que hoy, al parecer, se dilucida el lenguaje, incluso cuando presume de ser literario: rutina impresentable que despoja a la palabra de toda posibilidad de libertad. Y tanto es así que, cuando nos aventuramos a poner en evidencia dicha estrategia, quienes manejan *la cosa* adoptan inmediatamente una acti-

tud de perplejidad, niegan la mayor y hasta tienen la desfachatez de criticar lo mismo que ellos hacen, para ocupar así –también– el sitio de esa crítica posible. Herencia de aquella táctica del *compromiso* (en lo político y en lo intelectual) que obligaba a asentir cuando así convenía, a sabiendas de que no se tenía razón, de que se mentía. No tenemos que esforzarnos demasiado para hallar ejemplos cercanos, en lo político y en lo intelectual. Asombroso que sigamos en las mismas, componiendo gestos de dignidad herida y ofreciéndonos, desde tal perversión, un modelo de integridad moral.

Por este territorio intento avanzar ahora, orientar hacia tales extremos mi exploración crítica: entrar en la política con un lenguaje poético; es decir, con una palabra que quiere verdad (fondo de verdad) y que se resiste a reproducir, sin más, la mentira en la que nos hallamos instalados permanentemente, ese disimulo con que la aceptamos a sabiendas, porque así son las cosas hoy. Yo les rogaría que hicieran la prueba. Que, a lo peor, yo veo mal y oigo peor (uno, a fin de cuentas, ya peina canas). Les rogaría que miraran en torno y se preguntaran: ¿no se halla el lenguaje público atenazado por ésa que llaman *corrección*, tan perniciosa para el lenguaje, pero tan beneficiosa para que el poder nos haga más súbditos que nunca, diciéndonos lo contrario, y estamos tan complacidos? En mi ánimo no está indagar en los comportamientos, sino en los lenguajes que los ponen en evidencia; y lo que me interesa dejar muy claro, sobre todo, es el perjuicio que causa a la expresión literaria creerse que, con *estar al día*, ya lo ha conseguido todo y es así más renovadora; y también el peligro que supone para el lenguaje (si quiere ser libre y expresión de libertad) acomodarse a las formas de una escritura del *decir general*, prescindiendo de su propia, natural respiración.

Lo que los lenguajes mediáticos han amordazado –¿será para siempre?– ha sido la voz; hasta los escritores que se tienen por más significativos y rebeldes y críticos, han dejado de hablar, cumplen sin más la disciplina de una escritura: esa neutralidad de la palabra... Y al dejarnos sin voz (lo saben, vaya si lo saben) han cortado cualquier relación umbilical, orgánica con el pensamiento y su hondura de verdad. Ese espacio –a mi entender– el único que el escritor tiene la obligación y responsabilidad de rescatar. Algunos –lo sé– mi tildarán de ingenuo; otros –los oigo– dirán que vuelvo la espalda a la realidad, que no ando al compás de los tiempos. Puede ser. Pero no voy a renunciar. Esta es, por ahora, la única batalla que considero vale la pena incluso perder.

* Palabras leídas por el autor en la presentación de *El discurso del cinismo* (La Caja Literaria, Tenerife, 2006)